

Pero poco antes había dicho en el mismo libro: *La jeunesse se passe à faire croire qu'on est un homme. L'âge adulte à faire croire qu'on est heureux quand on ne l'est pas. La vieillesse à faire croire qu'on n'est pas gâteux quand on l'est* (28). Nosotros no podemos estar seguros de cuál fue su comportamiento juvenil, ni el grado de felicidad que alcanzó en la edad adulta. De lo único que damos testimonio es de la lucidez de sus obras y de la importancia, no sólo de ellas por su estructura externa y aparente, sino también por los entresijos de su forma de creación.—MANUEL SITO ALBA (*Largo dei Nombardi*, 21. ROMA, 00186).

---

(28) *La Marée du Solr*, pp. 66 y 67.

## UN NUEVO ESTUDIO HISTORICO-SOCIAL SOBRE «LA CELESTINA» \*

Es imposible creer hoy—confiesa la autora de este libro en el prólogo—, después de las aportaciones de Marx y Freud y del desarrollo de la lingüística y la semiología, en la transparencia inmediata de un texto. Convencida, por otra parte, de la relación fundamental entre una obra y la sociedad en que ésta se genera (entendiendo tal relación como el parentesco de estructura que conecta a una obra con su contexto socio-histórico), Ferreras-Savoye intenta una nueva aproximación a *La Celestina*.

Hay otras razones por las que el estudio ha interesado a la hispanista francesa: la época, tan interesante y rica en contrastes, del final de la Edad Media. Para esclarecer el ambiente histórico ha manejado las *Generaciones y Semblanzas* de Hernán Pérez de Guzmán y los *Claros Varones de Castilla* de Hernando del Pulgar, con lo que dos constataciones se le han presentado claramente: por una parte, la impotencia creciente del dinero, como nuevo factor regulador de las relaciones sociales; por otra parte, la crisis que conmociona a los dos pilares de la sociedad medieval, la Iglesia y la Nobleza. Entre ambos fenómenos hay una conexión clara y evidente: el dinero irrumpe en el contexto teocrático de la sociedad medieval y hace estallar sus esquemas; las relaciones entre los hombres quedan subvertidas

---

\* Jacqueline Ferreras-Savoye: *La Célestine ou la crise de la société patriarcale*. París, Ediciones Hispanoamericanas, 1977, 224 pp.

porque la relación del hombre con el universo cambia también; y la consecuencia de todo ello es una gran crisis de autoridad que provoca una nueva concepción del mundo, nacida de las—ahora pujantes—relaciones económicas. La destrucción de la autoridad y la nueva visión del mundo debieron producir ese «desarreglo de los criterios morales» de que nos habla Marcel Bataillon, al referirse a *La Celestina*.

En la primera parte de su libro, la profesora Ferreras-Savoye presenta un esbozo de la sociedad castellana de la época, analizando los elementos dominantes en la dinámica histórica del momento y las relaciones de dichos elementos entre sí. En la segunda parte, Jacqueline Ferreras enfoca la obra de Rojas a la luz del mundo social que ha estudiado en la primera parte, al mismo tiempo que confronta *La Celestina* con otros textos—fundamentalmente poemas cortesanos del reinado de Juan II—, que la autora reproduce en el apéndice final de su estudio; esto le permite confirmar la adecuación entre la obra de Rojas y el entorno socio-histórico y resaltar la novedad de *La Celestina*.

La sociedad patriarcal sufrió, a finales de la Edad Media, un profundo trastorno. El hallazgo de Rojas quizá resida en haber encarnado este desorden en dos personajes femeninos, Celestina y Melibea, y en que liga el comportamiento de la mujer al nuevo poder del dinero. Al mismo tiempo, y probablemente a causa de esto, aparecen con *La Celestina* los primeros personajes de la literatura española moderna.

#### LA CRISIS DE LA SOCIEDAD PATRIARCAL

El fin de la Edad Media en Castilla se caracteriza por una fuerte explosión económica, determinada por la conjunción de diversos factores: una eclosión demográfica importante, un desarrollo notable del comercio (causado por los avances técnicos de la marina y el descollante papel de la Mesta, monopolio del comercio de la lana, que estaba en manos de la nobleza) y una expansión de ciertos sectores industriales (armas, caballería, vestido, construcción, artículos suntuarios). De hecho, la prioridad concedida al comercio de la lana fue en detrimento de otros sectores económicos, fundamentalmente la agricultura y la industria textil.

El mercantilismo y el consumismo encuentran su adecuado ambiente en el desarrollo de la civilización urbana. El fomento de las ferias comerciales propicia la concentración ciudadana y el nacimien-

to de un modo de vida nuevo, que contrasta con el sistema feudal-rural. La ciudad impulsa, al mismo tiempo, el incremento del tráfico financiero y de la movilidad social (comienza la emigración del campo a la ciudad, donde el hombre se hace libre al disolverse los vínculos tradicionales de vasallaje). La ciudad se convierte en el centro del poder económico y político, a la vez que estimula el apetito por el lujo, instigando las rivalidades de los poderosos, uno de cuyos signos de poderío reside en la fastuosidad con que se rodean. El espacio urbano transforma también las relaciones entre los individuos, que ahora se encuentran independientes y solos, y les permite tener su territorio privado—la casa o mansión—donde pueden enseñorear.

Durante el reinado de los Trastamaras, Castilla conoce una época inflacionista, la moneda se devalúa continuamente y se produce la obsesión de atesorar metales preciosos. Por otra parte, los reyes castellanos dejaron en manos casi exclusivamente judías el comercio del dinero; judíos fueron, en su inmensa mayoría, los prestamistas y los recaudadores de impuestos, circunstancia que produjo mayormente el sentimiento antisemítico que eclosiona en la segunda mitad del siglo XIV. El dinero y los negocios presentan una clara incidencia sobre las mentalidades de la época: realismo, cálculo, interés, experiencia y raciocinio; todo ello es necesario para triunfar en la vida, para hacer fortuna y, por ende, para ganar prestigio social. Así se impone la mentalidad racionalista y empírica y se separan radicalmente los dos mundos, el terrenal y el espiritual. A través de la óptica mercantilista el mundo aparece totalmente desacralizado; el dinero ha desgarrado enteramente la relación que unía a este mundo con el otro, con lo que la concepción tradicional del universo en la Edad Media se viene abajo.

Pero, igualmente, el dinero modifica las relaciones interpersonales. El lazo tradicional de vasallaje (asentado sobre la superioridad de la sangre noble y el reconocimiento de obligaciones mutuas entre el señor y el siervo) es sustituido ahora por la relación objetiva y fría que establece la letra de cambio o el pago de un salario por la prestación de un servicio. La nueva relación es inmanente, temporal, efímera. El dinero aparece como un factor de liberación del individuo, en el sentido de que le permite escapar a la predestinación del nacimiento, proporcionándole una autonomía y una libertad de movimientos de que antes carecía.

A través de los negocios, de las ganancias y fortunas obtenidas con ellos, el hombre adquiere conciencia de su poderío y de su capacidad para transformar el mundo y cambiar su propio destino y su posición social (la Edad Media asignaba un puesto fijo e inalterable a

cada individuo, según su nacimiento). El hombre se aplica a medir ese mundo que quiere dominar; aparecen los primeros relojes y se llevan a cabo estudios cosmográficos, experiencias navegadoras y descubrimientos geográficos. Paralelamente, se van abandonando las grandes teorías filosóficas o religiosas y dando cabida a conocimientos nuevos y concretos cuya base es la experiencia que, como fuente de conocimiento susceptible de orientar la acción futura, demuestra claramente la supremacía que ha adquirido este mundo terrenal en la conciencia de los hombres del siglo XV.

En la sociedad castellana, cuya renovación se acelera en los dos últimos siglos de la Edad Media, apuntan unos grupos dominantes muy bien definidos. La nueva nobleza, nacida tras la revolución política y militar que instaló a los Trastamaras en el trono de Castilla, se caracteriza por un poderío económico del que hace pública ostentación; aunque las cualidades de noble y rico habían ido unidas tradicionalmente, ahora se invierten los términos y se estima que la cualidad de rico determina la de noble. Se trata, por consiguiente, de una nobleza de nuevo cuño, joven y vital, dada al lujo y a los placeres de la vida; el ideal religioso, fundamento de la vieja nobleza, pierde vigencia y desaparece, para dar paso al ansia de lucro y de poder, el espíritu de cruzada que animó la Reconquista.

La minoría judía se decanta también, en el ocaso de la Edad Media, como un fuerte grupo de poder. Desde antiguo venían copando en Castilla los puestos claves en la administración económica y financiera. Pero su poderío se incrementó súbitamente cuando, tras las persecuciones y matanzas de finales del siglo XIV, una gran masa de judíos se convirtió al cristianismo, porque inmediatamente tuvieron acceso a los cargos reservados exclusivamente a los cristianos. Los judíos viven en la ciudad; el dinero obtenido con la práctica del comercio o de la usura es empleado en la adquisición de tierras y títulos, lo que les permite mezclarse con la nobleza cristiana de viejo cuño.

El patriciado urbano nace del encuentro entre la burguesía de origen judío (formada por comerciantes, industriales y profesionales) y los segundones nobles instalados en las ciudades, especialmente en las ciudades del Sur (donde obtuvieron tierras trabajadas por campesinos mudéjares). Esta minoría selecta es propietaria de tierras y negocios que otros regentan o administran; opulento y cultivado, de este grupo social surgen los intelectuales de la época, entre los cuales reclutan los reyes sus consejeros. Por su carácter instruido, el patriciado urbano es el más abierto a las influencias extranjeras, italianas especialmente.

Los trastornos políticos y sociales que tienen lugar en la Península en los siglos XIV y XV se inscriben dentro de un fenómeno general de crisis de poder que caracteriza a las últimas centurias de la Edad Media europea. El problema que se planteó entonces fue, nada menos, que el de la organización —o reorganización— de la sociedad y el del establecimiento de un poder político ejercido eficaz y convenientemente. En Castilla la nobleza va a intentar hacerse con este poder, pero habrá de reconocer inmediatamente —aunque lo detente— su incapacidad para gobernar una sociedad cuya complejidad se acrecienta con el desarrollo económico. El problema consiste, por tanto, en el de la autoridad política, problema que se materializa dramáticamente en las guerras civiles y las luchas nobiliarias que jalonan todo el siglo XV y que no encontrará solución hasta la confirmación de la supremacía del poder monárquico con el advenimiento de los Reyes Católicos. El recuerdo de los desórdenes suscitados por la nobleza durante los siglos XIV y XV había calado hondo en las conciencias, tanto más cuanto que la nobleza —junto con la Iglesia— eran las encargadas tradicionalmente de dar ejemplo al resto de la sociedad. La autoridad política dejó de existir durante cerca de un siglo, por causa precisamente de aquellos que deberían haberla mantenido.

El profundo cambio generalizado en toda la sociedad occidental se manifiesta también en la crisis que sacude a la Iglesia durante los siglos XIV y XV. La Iglesia, al igual que el resto de la sociedad, reacciona al cambio de los tiempos y adopta un comportamiento que es una respuesta a las nuevas necesidades políticas y económicas. La sociedad eclesiástica ha perdido, como la sociedad laica, el sentido de su conducta; las estructuras de la Iglesia estallan y se presenta el problema de la falta de autoridad. Es lógico que la crisis de fe en el occidente cristiano se plasmara de manera particularmente clara en las conmociones que estremecen a la Iglesia. Por las mismas razones y por la importancia política y moral de la Iglesia, la crisis del estamento religioso provoca, asimismo, repercusiones determinantes sobre la sociedad laica. Durante casi dos siglos la Iglesia fue incapaz de dar respuesta espiritual a las cuestiones suscitadas por la evolución global de la sociedad; no podía hacerlo porque el Papado se encontraba embarcado en un temporalismo que le hacía preocuparse exclusivamente de los problemas políticos y materiales. Pero la Iglesia, como consecuencia directa de ese temporalismo, tampoco ofrece respuesta moral a las nuevas necesidades de la sociedad, porque para ello sería necesario constituirse en modelo de un comportamiento superior y la Iglesia daba, precisamente, la imagen opuesta. La secularización de la sociedad eclesiástica repercute inevitablemente sobre la sociedad lai-

ca, reforzando así su evolución, es una respuesta a las nuevas condiciones históricas e implica el reconocimiento de la disociación entre intereses materiales y espirituales.

En resumidas cuentas, la desacralización del mundo se tradujo en la preponderancia de los bienes mundanos (poder, dinero, placer), que parecen limitar el horizonte de las preocupaciones humanas, en la crisis de autoridad (es decir, la falta de respeto a la jerarquía tradicional) y en la pérdida de la moral (por agotamiento del sentido sagrado en que se basaba y de la noción de culpabilidad).

Todo el cuadro histórico esbozado anteriormente va a determinar una nueva visión del mundo y una revisión de los fundamentos mismos de la sociedad. El dinero, elemento surgido del desarrollo económico que caracteriza el fin de la Edad Media occidental, ha descaído de sus funciones a la nobleza y a la Iglesia. La autoridad social ya no existe, como tampoco la autoridad moral y religiosa. El hombre se encuentra solo. El individuo, cuyo comportamiento estaba perfectamente regulado en la sociedad caballeresca cristiana, se encuentra enfrentado a situaciones nuevas; ha dejado de estar rígidamente encuadrado por su casta o por la colectividad en que vive. Su soledad es tanto más grande cuanto que las reglas que ordenaban la vida humana estaban totalmente orientadas hacia el más allá, hacia la salvación eterna; con la caída de estas reglas el hombre ha perdido el guía que lo conducía hacia el otro mundo y que le determinaba su comportamiento en esta vida. Se produce, pues, una disociación entre este mundo y el otro. La nueva concepción de la vida deja al hombre desamparado, solo frente a sí mismo y frente a los problemas que le plantea este mundo. Presionado por una libertad nueva, hasta entonces desconocida, se lanza con ímpetu a la exploración de esa libertad y no tiene otras fuentes que él mismo para obtener la conducta a seguir. No se trata, desde luego, de la negación de Dios, sino simplemente que la transformación del mundo conlleva una mirada diferente sobre la vida humana; la fe se disocia de la conducta práctica, lo cual engendra un profundo malestar entre los cristianos, cuya fe establecía el comportamiento que había que adoptar. Frente a una Iglesia cuyos miembros no se distinguen en nada de los laicos, diversas corrientes de pensamiento se esfuerzan por dar respuesta a las nuevas inquietudes espirituales: la mística (que, al buscar una experiencia ética personal y un contacto directo con Dios indica la conciencia de soledad en el individuo) y el humanismo (que, sobre todo en Italia, llegó a formular una concepción del hombre y del universo en concordancia, a la vez, con los cambios sociales y con las necesidades espirituales de la época).

Lo que *La Celestina* expresa de manera magistral es la destrucción del orden antiguo, esto es, el hundimiento de la Iglesia y de la nobleza —pilares de la sociedad medieval— y el nacimiento de una nueva visión del universo. Sobre las ruinas del mundo tradicional se afirma otra concepción de la vida, engendrada por las nuevas relaciones interpersonales. Hombre de su época y de su entorno, Rojas recoge los elementos más significativos de la sociedad del momento y, por la manera como los combina, logra crear una red de relaciones que se bastan a sí mismas en el plano artístico. Por esta razón la obra sobrepasa ampliamente la finalidad que el autor le imprimió. En definitiva, lo más sobresaliente en *La Celestina* es su coherencia, a todos los niveles, conseguida por el acierto del autor en la elección y combinación de los elementos que la componen. A estos elementos fundamentales que constituyen *La Celestina* dedica Jacqueline Ferreras-Savoye los capítulos de la segunda parte de su estudio.

La destrucción del orden antiguo se materializa en la quiebra de los estamentos eclesiástico y nobiliario. La Iglesia no podía inspirar ninguna moral porque sus miembros eran los primeros en transgredirla (en *La Celestina* los clérigos aparecen como hombres lascivos y amantes de los placeres). El derrumbamiento de la autoridad eclesial se traduce esencialmente en la separación entre fe y conducta; esto explica que los personajes creados por Rojas rueguen a Dios para obtener deseos perfectamente inmorales. Reducida al pago de un tributo y al sacramento de la confesión, la práctica religiosa pierde todo su contenido afectivo, en provecho del amor humano, al cual se diviniza (por esto Calisto adora a Melibea en términos sacrílegos). Melibea ilustra, todavía mejor que Calisto, la destrucción de la autoridad religiosa: en el Acto X ella pide a Dios que le ayude a disimular —pero no a superar o anular— la naciente pasión amorosa; no sólo admite el placer —sinónimo de pecado, según la moral cristiana—, sino que no comprende por qué no puede ella expresar sus sentimientos e incluso tomar la iniciativa. La actitud de Melibea descubre que la moral cristiana y la castidad virginal son sólo un hecho de educación, una conveniencia vacía de sentido. Hasta tal punto el lazo entre fe y moral se ha perdido que la heroína no experimenta sentimiento de culpa alguno por sus acciones, las cuales asume con toda coherencia y responsabilidad hasta el mismo suicidio; en el último momento, Melibea se dirige al Creador en términos que ignoran el arrepentimiento y ofrece, sin contrición, su alma a Dios. La noción de fatalidad y de responsabilidad personal ha sustituido al concepto de culpabilidad. Por

lo demás, tampoco Pleberio se encuentra culpable de su desgracia; la palabra *pecado* es sustituida por la más ambigua y laica de *yerro*. La noción moral ha perdido todo su peso trascendente.

La quiebra de la nobleza está magistralmente representada en la figura de Calisto. Su conducta pasiva y cobarde, su comportamiento anticortés con Melíbea, el mal ejemplo que da a sus criados y, finalmente, su ignominiosa muerte, nos demuestran la ausencia total de nobleza en el héroe. A través de este loco amoroso, Rojas nos describe al representante de una clase que no cumple su papel rector en la sociedad.

El orden antiguo ha muerto y ésta es, sin duda, la significación del personaje de Alisa. Ella encarna la moral femenina tradicional de las casas nobles, mientras que Celestina juega su papel disolvente a la perfección utilizando cínicamente frases de doble sentido. Alisa y Celestina hablan dos lenguajes diferentes —el de la vieja y el de la nueva sociedad—, con la ventaja de que la alcahueta conoce los dos, en tanto que la madre de Melíbea sólo entiende el sentido tradicional. El orden antiguo ya no sirve, no es respetado y, por consiguiente, se ha convertido en ineficaz; ésta es la causa de la distancia que separa a Melíbea de su madre. Alisa es incapaz de proteger a su hija, porque su concepto de la sociedad le impide adivinar las posibles reacciones de Melíbea; no es imprudente, sino que pertenece al pasado y, por lo tanto, ignora en qué es distinto el presente. Alisa no puede, pues, hacer frente a una situación como la que acontece a su hija porque tal situación es inimaginable para ella. Esposa perfecta, en el sentido tradicional cristiano, le resulta inconcebible que su hija no esté, como ella, sumisa a la autoridad masculina. Comete el error de creer que Melíbea está hecha a su imagen y semejanza, cuando los tiempos han cambiado y, con ellos, el comportamiento de los individuos.

La nueva conciencia se refleja en la visión inmanente del mundo que tienen los personajes de *La Celestina*. La concepción optimista de la vida empuja a los personajes al deseo de gozarla plena e intensamente, porque el tiempo pasa fugazmente. El placer de vivir, bajo todas sus formas, adquiere primordial importancia, especialmente en lo que concierne al placer de amar y ser amado. Todos los personajes de *La Celestina* van tras la consecución del placer amoroso y, aunque el comportamiento difiere según el rango social de cada uno, el sentimiento es el mismo en todos. Componente esencial en el placer erótico es la belleza física, que suscita el amor; la belleza representa una cualidad individual que Rojas sitúa con el mismo rango e importancia que la inteligencia. A su vez, el placer de vivir —directamente asociado con la vitalidad y hermosura de la juventud— provoca el horror



hacia la vejez (en varias ocasiones Celestina testimonia esta reacción). En esta perspectiva la muerte aparece sólo como la privación de la vida terrenal y, consiguientemente, de sus encantos; no es ya la puerta que da paso al otro mundo, sino exclusivamente el acabamiento de esta vida.

Una aguda conciencia individualista, propia de la nueva sociedad que está naciendo, recorre toda la obra de Rojas y se manifiesta en la exaltación de las cualidades personales (inteligencia, audacia, experiencia, dominio de la realidad, éxito y reconocimiento social obtenido con el propio esfuerzo) y en la persecución del interés particular (entendido como la búsqueda de ganancias para conseguir la libertad y la independencia, disfrutar de los placeres y ser dueño de uno mismo). Todos los personajes de *La Celestina* se mueven por intereses egoístas: obtención de un beneficio material o satisfacción del deseo amoroso.

En este contexto el dinero sirve de lazo entre los dos mundos que aparecen en la obra: el de los nobles y el de los criados y prostitutas. El dinero es el medio de comunicación que los pone en relación; es el lenguaje que todos los personajes tienen en común. El interés económico aparece, de hecho, como el motor de la intriga, ya que se coloca al servicio de la pasión amorosa.

En un mundo regido por el poder que confiere la riqueza (que puede conseguirse gracias a las cualidades personales y al esfuerzo individual), el hombre adquiere el sentimiento íntimo de poder cambiar el mundo y el destino que le asigna su nacimiento. Pero, precisamente porque puede modificar la realidad exterior, el hombre se hace más sensible a la resistencia que ésta le opone. Cree poder hacer suyo el universo y no deja de intentarlo; los fracasos son, por ello, mucho más crueles y un desmentido a su fe en sí mismo. A través de la idea de fortuna encontramos una manifestación más de la desacralización del mundo, pues el concepto de fortuna reemplaza al de providencia divina. En efecto, se considera ahora que la fortuna va directamente unida a la actividad humana (Celestina asocia la noción de fortuna con las capacidades individuales, entendiéndolo que aquélla sonríe a los inteligentes, audaces y experimentados).

De todos los personajes de Rojas, quien mejor representa la nueva concepción inmanente del mundo y de la vida humana es, sin lugar a dudas, la vieja Celestina. Ella es la expresión escandalosa del individualismo nacido del desarrollo económico: desde una baja extracción social ha llegado, gracias a su inteligencia y a sus esfuerzos, a dominar a los nobles de la ciudad (Calisto llega incluso a humillarse ante la vieja). Celestina, como los espíritus mercantilistas, tiene un afán de

lucro, un conocimiento del prójimo y una habilidad que le permiten obtener provecho material. El comercio de Celestina es infame; con él se nos muestra el poder destructor del dinero, que ha minado la vieja moral ligada a la visión teológica del mundo. Celestina vive de esta destrucción, de la que es agente por excelencia.

La crisis de autoridad que estremece a la agonizante sociedad medieval se plasma en la obra de Rojas a través de diversos motivos. El deseo de no estar sometido a servidumbre es el origen del mismo oficio de Celestina, justifica la arenga de Areusa a Lucrecia y puede rastrearse también en la evolución del joven Pármeno. El lazo moral que unía al criado y al señor y que implicaba obligaciones mutuas se ha perdido, siendo sustituido por una simple función mutua de la que ambos obtienen un beneficio. El rechazo del matrimonio es consecuencia, asimismo, de la crisis social que comentamos. Efectivamente, Melibea rechaza la posibilidad matrimonial, cuando sus padres tratan el tema, para acogerse a una relación extraconyugal, debido sin duda a que, para aquella sociedad en el ocaso el matrimonio no implicaba relación afectiva y cumplía exclusivamente una función de procreación, nada atrayente para una mentalidad «moderna» como la de Melibea. El comportamiento activo de la heroína pone de manifiesto la disociación que la Edad Media establecía entre amor y matrimonio y, al acogerse al primero para repudiar el segundo, cuestiona la supremacía masculina y subvierte el orden social. Pero también la relación entre Melibea y su padre Pleberio —basada en la amistad, la confianza y el cariño mutuos— es un caso insólito para la sociedad medieval; la existencia de este lazo personal y afectivo supone la destrucción del esquema tradicional, basado en la férrea sumisión de los hijos a la autoridad paterna. De hecho, Rojas era consciente de la crisis de autoridad y de que, por consiguiente, ningún orden aparente rige el mundo; en tal sentido se expresa claramente en el prólogo de su obra, al hablar de la teoría heraclítana de la lucha como generadora de todas las cosas. Estamos ya lejos de la visión medieval del mundo, según la cual la unidad de Dios fundaba la unidad del universo y la del orden social, siendo la jerarquía estamental una expresión de la voluntad divina. Si en la sociedad tradicional la vejez representaba la sabiduría y la experiencia, y por eso debía ser respetada, Celestina, que sobrelleva muy mal su vejez, encarna el nuevo modo de vida del comerciante, cuya actividad socava los valores heredados de la Edad Media. Todo el saber de Celestina está al servicio de la destrucción del mundo antiguo; mientras que la vejez aparecía tradicionalmente como la guardiana de los valores sociales, aquí la vieja alcahueta encarna la destrucción de esos valores.

El estudio de los elementos constitutivos de *La Celestina* nos pone de manifiesto la gran coherencia de la obra, que tiene como marco geográfico a la ciudad. No se trata de una ciudad concreta, sino de un ámbito urbano prototípico, caracterizado en el plano económico por uno de los elementos más importantes de la época: los barcos o, lo que es lo mismo, el comercio. El crecimiento de la burguesía ciudadana viene como consecuencia del progreso de la marina mercante. La actividad de Pleberio —la construcción de navíos— simboliza la importancia nueva de la ciudad, pero no implica una ciudad precisa.

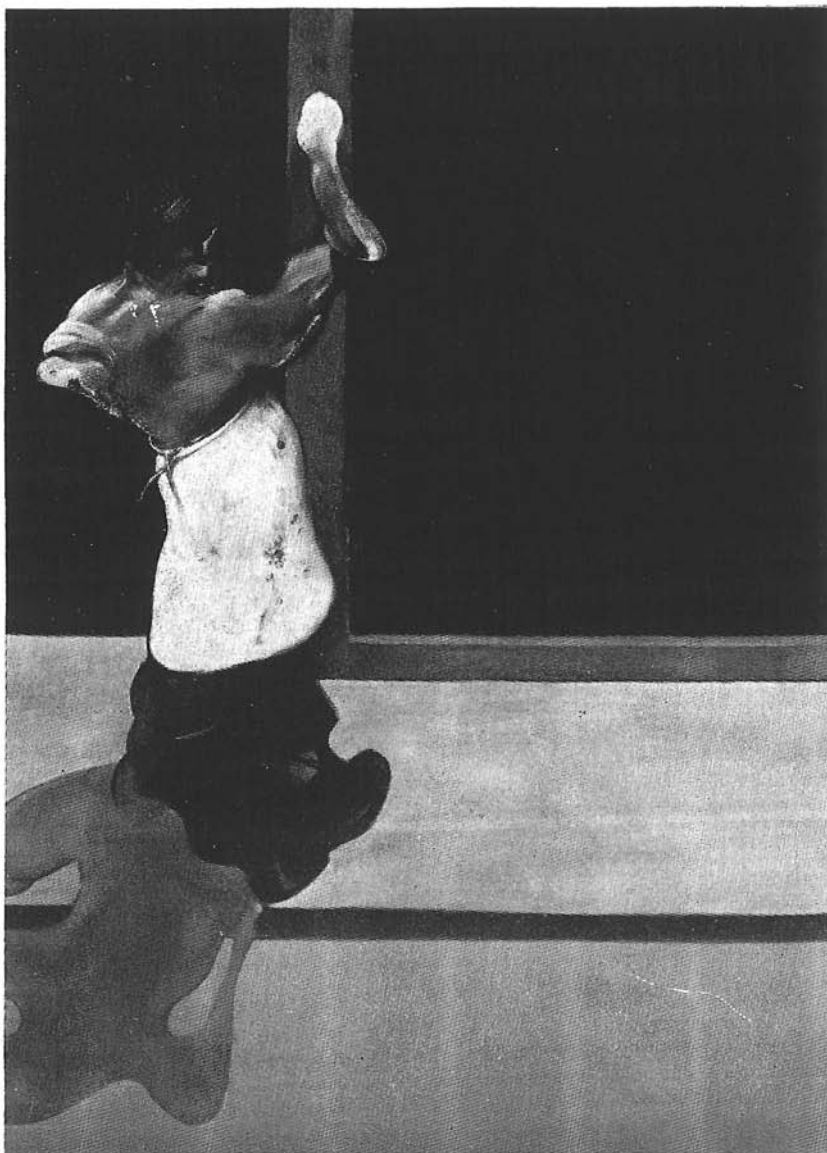
La noción del tiempo está estrechamente ligada al espacio ciudadano. Encontramos en la obra de Rojas un tiempo histórico (señalado por los hechos objetivos que acaecieron en el pasado), un tiempo natural, del calendario (cubierto, poco más o menos, por la alternancia de días y noches) y un tiempo subjetivo, un tiempo del individuo (medido por la intensidad del placer o la impaciencia). Esta percepción diferenciada del tiempo es característica de la civilización urbana. El reloj, aparecido en el siglo XIV, es un elemento fundamental en la organización de la vida ciudadana, pues permite organizar las ocupaciones mercantiles y las actividades humanas; frente a este tiempo aritmético y objetivo, el individuo toma conciencia de su tiempo interior, ligado a su subjetividad.

Todos los personajes de *La Celestina* pertenecen a la ciudad, ya que el comportamiento que adoptan y las actividades que desarrollan sólo es posible en el ámbito ciudadano (el ejercicio amoroso de Calisto, la construcción de navíos en Pleberio, el proxenetismo de Celestina). Las visitas de una casa a otra, tan fundamentales en *La Celestina*, constituyen un comportamiento típicamente ciudadano (en el castillo medieval todos vivían dentro de un mismo recinto). De su época Rojas ha retenido la novedad característica: el espacio urbano, con sus repercusiones sobre los hombres (la percepción del tiempo, que es nueva, lo mismo que la libertad de movimientos). Por otra parte, todos los personajes de *La Celestina* pertenecen a la ciudad por la visión —individualista e inmanente— que tienen del mundo. Cada personaje se determina en función de él mismo, de su interés personal (ya se trate de obtener ganancia material o deleite amoroso). Todos los personajes de Rojas son únicos e irrepetibles en su género, ninguno encarna un modelo, cada cual sólo ha de rendir cuentas a sí mismo y es artesano de su propio destino. Cada uno de ellos aparece, pues, como una libertad individual que se ejerce independientemente de toda norma exterior, se mueve exclusivamente por sus aspiraciones y afronta, domina o sufre las circunstancias. Estas características, propias de los

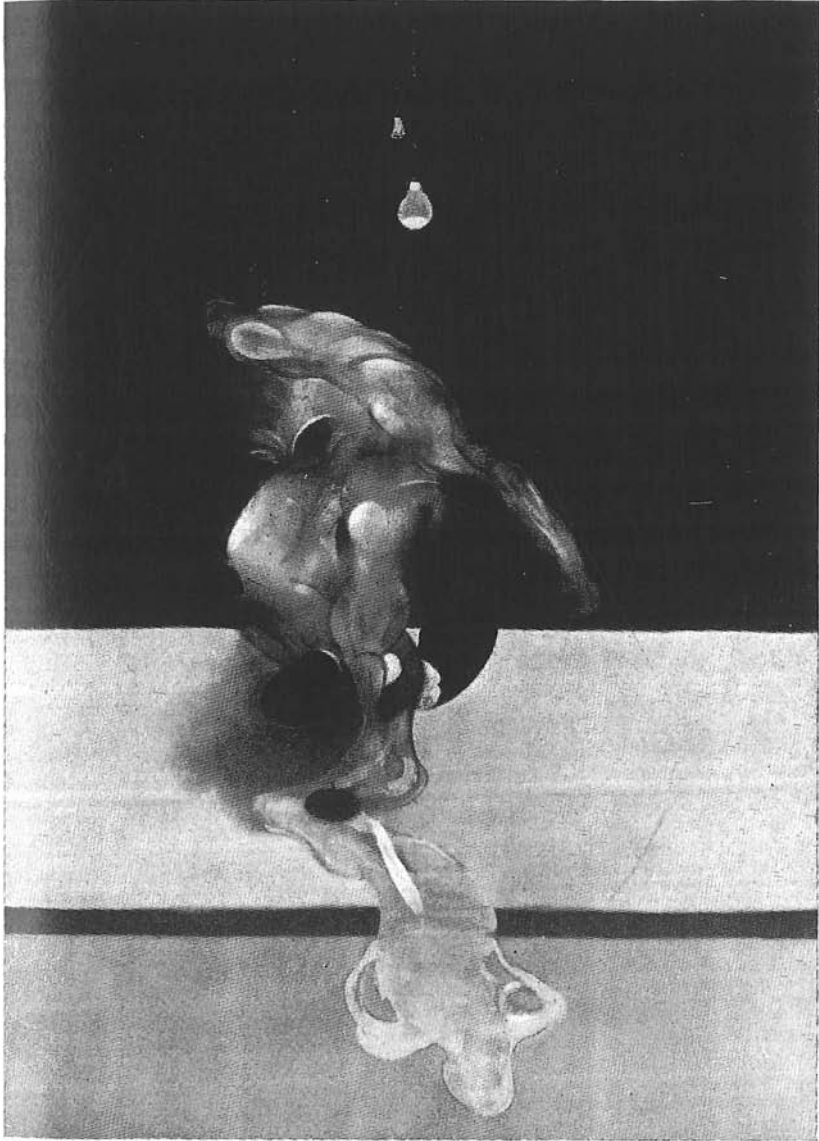


FRANCIS BACON

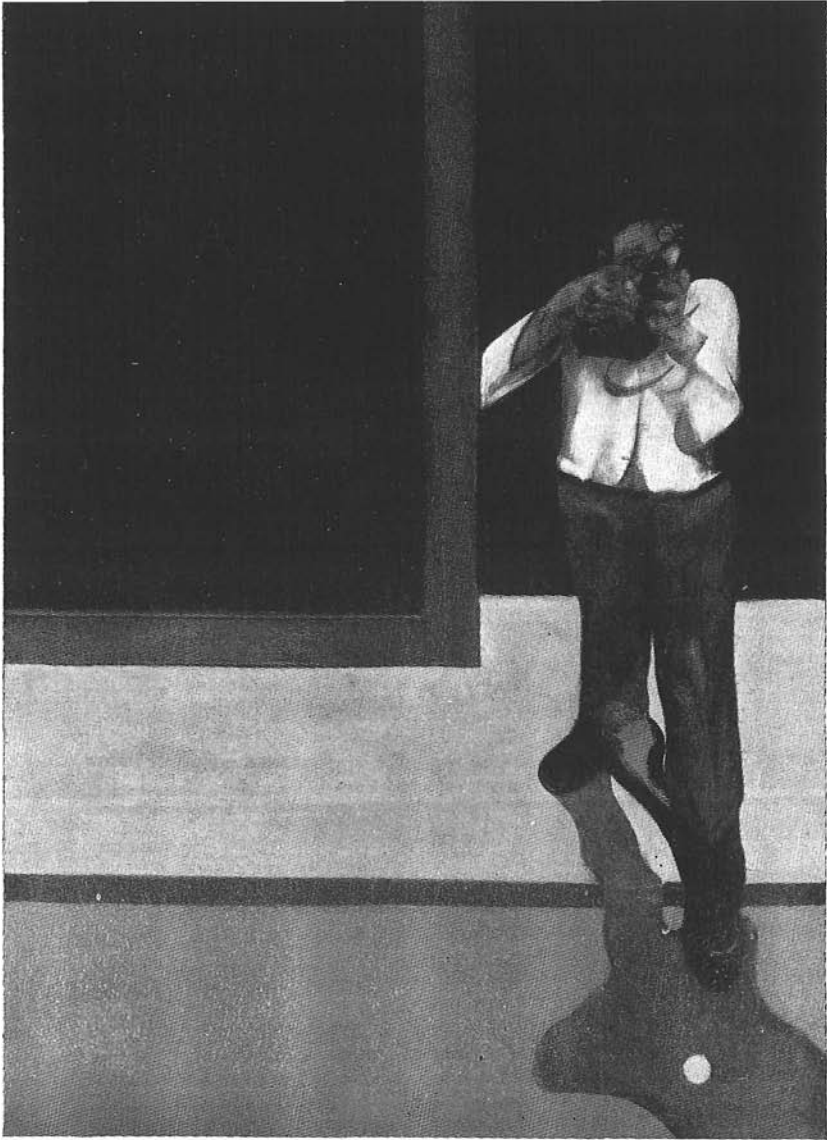
*(Gentileza de la Fundación Juan March)*



*Triptico 1974 (panel izquierdo)*



*Triptico 1974 (panel central)*



*Tríptico 1974 (panel derecho)*

héroes de novela, son la transcripción literaria de una visión del mundo propia de la burguesía.

Solos y abandonados a sí mismos, los personajes no cesan de confrontarse con el universo que les rodea y, principalmente, con los otros individuos, cuya existencia misma impone los límites de la libertad personal. A través del diálogo Rojas nos muestra cómo cada personaje entra en relación con los demás, cómo los domina o es dominado por ellos. La forma dialogada traduce de alguna manera la relación de fuerzas que se instaura entre las personas y cómo éstas la experimentan, al nivel del dinero o al nivel del amor. Es decir, el diálogo representa la comunicación humana en su forma de combate: cada uno intenta dominar al otro por la palabra (es el gran arte de persuasión en *Celestina*). El diálogo es la transcripción, en el dominio del lenguaje, de la concepción misma de la vida tal como la expone Rojas en su prólogo. El diálogo hace patente también la ausencia de autoridad (puesto que supone la relación entre personas en un plano de igualdad) y nos revela la voluntad individualista de imponerse a los demás por medio del lenguaje (en cuya base están la razón y la experiencia, que determinarán quién ha de vencer en la confrontación dialéctica). Finalmente, el diálogo se inserta como elemento natural en el marco de la visita impuesta por el espacio urbano, que provoca lógicamente la conversación; es también la expresión lingüística adecuada para traducir la nueva concepción del hombre y del mundo, que ha nacido de las nuevas relaciones engendradas por la ciudad.—ANTONIO CASTRO DIAZ (*Miguel del Cid*, 24. SEVILLA-2).

## BACON: FUNDAMENTOS DE LA AUTODESTRUCCION

Una exposición de Francis Bacon organizada por la Fundación Juan March en Madrid ha presentado durante más de cuarenta días 33 obras de este artista inglés, considerado a sus sesenta y nueve años de edad como uno de los más originales pintores del siglo XX y principal representante de un expresionismo neofigurativo que ha hecho fortuna en Europa.

La exposición incluía una serie de pinturas, todas ellas al óleo y realizadas en los últimos diez años. Figuraban siete trípticos y dos dípticos, autorretratos y retratos de figuras humanas inmóviles o en movimiento.